

# ASTURIAS, TIERRA PRIVILEGIADA

POR

ENRIQUE DE EGUREN Y BENGOA

CATEDRÁTICO DE GEOLOGIA Y BIOLOGIA

(CONTINUACION)

## OTRO MODISMO DE RIQUEZA RURAL

Cuando se trata por lo general de la arboricultura hortícola, se presume que el árbol frutal, forma parte o se halla comprendido en el reducto que más o menos cercado, se encuentra a no muy lejana distancia de la casa de campo. Esto sucede, en toda zona donde la humedad se proporciona al suelo, generalmente, mediante sistema de riego artificial.

Pero a este particular, el terreno asturiano, podría decirse que si no todo, una grandísima parte, es de por sí una verdadera huerta. En consecuencia, los árboles frutales invaden la campiña, y en ella adquieren la lozanía capaz de fructificar con exuberancia.

Figura con el número uno en el márgen frutícola, el manzano. La pomarada, o manzanal, surge al efecto diversamente situada, sin fijeza determinada de orientación, y sirviéndole de asiento el prado natural.

Y justo es de lamentar, que si hasta cierto punto se mantiene

abandonado a aquél, una cosa muy parecida le ocurre al arbolado; lo mismo en los primeros años, que escuando todo árbol—tanto más el frutal,—necesita de esmerada atención para guiarlo—educarle, podría decirse,—convenientemente; así también, en pleno desarrollo, debe merecer oportuno cuidado de poda y limpieza. De otro modo la producción de fruto ha de verse notablemente menguada, sobre todo en tamaño, por la convivencia de más de un zooparásito. Así como por desgracia se vé afectada del abundante muérdago, cuya desmedida invasión ha dado lugar a que la Corporación provincial, obligue a los dueños de pomaradas al arranque y aniquilamiento del parásito. Es éste un eco más, con que dicha entidad, interfiere en su afán de mantener y aún mejorar la riqueza que para Asturias compete la producción de manzana.

Trátase de las variedades aromáticas y de mesa, minganas y ranetas entre otras agridulces; trátase de las productivas de sidra de más vistosidad externa, fariñonas a veces, y más corrientemente con abundante jugo; todos sus tipos, han sufrido pronunciadas mezclas, pero también es verdad que no han faltado productores que sintieron vivo interés por ejercer y mantener una razonada selección. Precisamente sus éxitos y productos quedaron notoriamente registrados, entre otras ocasiones, con motivo del Concurso que en su Palacio, llevó a efecto va para dos años, la Diputación asturiana.

Muy particularmente, la «mingan» asturiana, hace muchos tiempos que se abrió camino y renombre hasta muy lejos de la zona de producción; y no hace mucho, frente a sus cualidades, vió invadir su propio terreno de origen por tipos de procedencia californiana, cuya presentación y conservación supera a la indígena por los medios de cultivo empleados al efecto. Sin embargo, la mingan con rasguños y lacras, motas y picaduras, guarda en su seno sarcocárpico su típico zumo, que todavía no ha podido ser copiado.

Pero tanto para el tipo apuntado como para las demás variedades de mesa, no debe ser olvidado por sus cultivadores, que

muchas veces el fruto más se aprecia por la vista que por los órganos gustativos. Es pues hora, que para las típicas variedades, se imponga el empleo de cuantos métodos contribuyen a la conservación de la llamativa factura exterior por delicada, cromática y, en suma, atrayente.

Como derivado directo de la manzana, la sidra responde como su materia prima al concepto de copiosa fuente de riqueza de ingresos.

Lo es así, directamente, en medida de su obtención y consiguiente beneficio; pero muy en particular, por aquellos tipos de fina elaboración y marca acreditada, que en el mercado adquiere un máximo valor. Esta venta no solo declara su carácter nacional, sino que en continua derrama acapara los países hispano-americanos, constituyendo merced a su volumen de exportación un elemento muy digno de ser tenido en cuenta en la contratación por intercambio y valoración de divisas.

No es para olvidar, su indirecto motivo de ingreso por consumo, mediante el que se logra una respetable suma en interés colectivo. De otra parte, dicha suma podría ser superada, a fin de lograr disminuyese el capítulo de bebida en exceso, cuyos estragos se dejan sentir muy a tono con otras lacras individuales de tara más o menos hereditaria, que por absorbente invasión, han llegado a tomar el matiz de carcomas sociales.



Sin poder ser, ni mucho menos, comparada con la expansión del manzano, en forma de producción casi espontánea—muy a tono con lo que en género arbustivo de gran porte, sucede con el laurel,—se presentan dos frutales de tipo muy diferente, pero que con bastante frecuencia aparecen salpicando las cercanías de la casa de campo.

Percíbese uno, el cerezo, principalmente en anticipada primavera, con su blanco tejido floral de nieve recubriendo material-

mente su ramaje, hasta que desarrolla la hoja, en tanto la flor marchitada deja percibir el diminuto grano fructífero. Y si el fruto es vulgar, no ocurre lo mismo con el preciado género de su madera.

El segundo es la higuera. A la vez que nacen sus amplias hojas, déjase observar para cada una—a modo de pareado y opuesto consorcio,—el reducido fruto inicial. Se comprende que no sea posible, por natural falta de potencialidad nutritiva, que todos los brotes fructíferos iniciados alcancen su completo desenvolvimiento, teniendo a su frente el absorbente consumo de la hoja que, de día en día, desarrolla sus vastos tejidos. Es más, ni las ramas tiernas por recientes,—donde la floración es más numerosa,—podrían materialmente sostener el peso de tal número de siconos en plenitud de desarrollo.

Por tanto, la propia naturaleza del vegetal, evita accidentes a la par que asegura la perpetuación de la especie; y reducidos los frutos en número, los desenvuelve en óptimas condiciones.

Y el higo asturiano, a pesar del agua y poco sol, rezuma su lágrima dulce y sabrosa.



Pero no es solo el carácter frutícola, el que ofrece el árbol; con ser el fruto importante, lo es todavía más, el maderamen del vegetal adulto y bien desarrollado, pero no cuando viejo y carcomido.

He aquí, otro modismo de productiva riqueza; y, otras dos especies arbóreas de gran provecho.

Una de ellas, el nogal, más que espontánea, procedente de previa plantación más o menos aislada; sin que falte el primer tipo de origen.

Generalmente, aparece abandonado a la acción natural, sin que una mano bienhechora le dedique, aún de tarde en tarde y después de breve observación, un cierto asomo de conveniente limpieza. De semejante concepto, nadie se acuerda hasta el momento

que, tiene lugar el vapulero de sus ramas para lograr la anticipada caída de las nueces.

Todo ello se realiza a costa de un lamentable sacrificio del ramaje joven, que herido y maltrecho, permite la aparición de puntos originarios de putrefacción, que una vez iniciada trasciende a otra parte del vegetal. ¡Cuánta madera del nogal se pierde, por falta de un poco cuidado en su cultivo!

La otra especie en cuestión, es el castaño, cuya monoecia resalta con claridad en los filamentosos y largos amentos masculinos, y en el inicial erizo protector de las flores femeninas. De potente vitalidad, invade el bosque; mejor, lo crea; y ante su copudo desenvolvimiento se impone la reducción de pies, para dejar solo aquéllos que, a lo sumo se toquen o entrecrucen su ramaje.

No hace más de cincuenta años, era esta la forma vigorosa con que el castaño extendía sus sombras, para mantener la frescura de la hierba y el helecho.

Pero relativamente en poco tiempo, la vida del castaño ha sufrido y se halla sometida a un rudo golpe verdaderamente desconsolador, que está poniendo en peligro la potente economía derivada de sus productos.

La presencia de «el mal de la tinta», enfermedad que invade nuevas áreas de expansión de año en año, ha contribuido desgraciadamente, a reducir el número no de castaños sino de castañosales, puesto que la propagación parasitaria es tan rápida que con facilidad se transmite entre los árboles contiguos.

Sin embargo, no es Asturias la región norteña que ha experimentado la acción perniciosa del hongo parásito con más intensidad; a tal respecto, puede significarse con verdadera satisfacción, que hay zonas astures que con envidiable lozanía permanecen intactas sin menoscabo de un solo pie de castaño; circunstancia que no deja de ser realmente excepcional.

Posiblemente, a Oriente, parece ser la parte más afectada por la invasión; en tanto el Occidente si no es en la costa, todavía se muestra hallarse defendido de una acción destructiva inquietante.

No deja de apreciarse que en los castaños viejos, más cortados en demasía que podados, son los individuos que han sido más atacados; en cambio, se advierte, que aquellos pies de tronco robusto, alto y ramas potentes y elevadas se han salvado hasta la fecha; lo que no quiere decir, que dejen de sufrir el mismo perjuicio en lo sucesivo.

Pero no es ocasión la presente, de detallar la causa determinante de la desaparición del castaño, sobre cuya liberación se trabaja incansablemente por parte de las secciones agronómicas de las regiones afectadas.

Y realmente, es imprescindible, que hasta las Corporaciones locales, tomen con verdadero empeño—más que en consideración,—dada la urgencia que requiere la defensa del castaño, determinaciones útiles concernientes al caso, puesto que no es obra exclusiva a cargo del Estado y la Diputación.

Basta pensar al efecto, que para muchos campesinos de lugares apartados, o de escasez de otros productos, constituye la castaña un elemento esencial de vida para la estación más cruda del año; y téngase en cuenta, que son muchos urbanos los que participan de su aprovechamiento.

Pero no sólo hay que fijarse en el inmenso beneficio que reporta el fruto. En cuanto a su madera no conviene olvidar, que castaño invadido y seco por la malévola influencia parasitaria del hongo, es materia que pierde las excelentes condiciones propias de empleo.

Cuando hace todavía pocos años—en el viejo caserón que ha sido sustituido por la actual Universidad,—subsistían las enormes vigas de castaño cruzadas entre sus muros, dejábase admirar la magnitud pasmosa de aquellos enormes troncos que sirvieron para su labrado.

No se trata más que de un ejemplo, podría decirse pasado de uso, ante lo que representa la construcción moderna; pero en Asturias, la madera de castaño, para un sin fin de menesteres, resulta

insustituible. He aquí por qué este árbol, significa una verdadera riqueza.



Con anterioridad se ha expuesto, como los muretes de piedra y sobre todo los setos, son los elementos usados para la separación de los prados.

Al efecto, conviene señalar, que hay un vivo ejemplo, claramente demostrativo en una parte de la región asturiana, que además de cumplir esa misión de lindero, ofrece el beneficio de su fruto, entre otras ventajas.

Se trata del avellano, característico por sus amentos masculinos, que en forma de colitas penden de su desnudo ramaje; en el que asimismo, brotan en pequeña roseta los femeninos casi en pleno invierno. Representa este vegetal de tipo arbustivo muy vario en desarrollo, un reconocido motivo de riqueza astur, aunque el hecho por modesto pase desapercibido para muchas personas.

Pues bien, semejante caso debería dar lugar a un empleo del avellano mucho más extenso y generalizado para tal fin; sería motivo en primer término, de conquistar mayor riqueza de producción. De otra parte, se lograría medio directo de contribuir a la verdadera limpieza de la pradería por desaparición de todo un cúmulo de abrojos, zarzas y matorrales, que a su pié permiten el desarrollo de toda una serie de organismos perjudiciales; al mismo tiempo que, por natural expansión de la maleza, se reduce la superficie del prado. Tales inconvenientes desaparecen mediante los limpios tallos de avellano; como sucede en aquellos terrenos de gran humedad en los que el seto está formado a expensas de algún género de mimbrera, que por dicha condición es planta insustituible.

Al objeto expresado, por todas razones, se impone tanto en el seto salvaje como en todo recinto selvático inmediato al prado, una verdadera lucha sin cuartel contra toda vegetación que más bien que supérflua, resulta perjudicial.

Bien es verdad, que es grande la tarea que implica esta poda y destrucción arbustiva; pero es el medio da ganar terreno productivo, a la vez que delimita mediante un conveniente tipo de planta —y muy en particular el avellano— todo aquello que merece permanecer definido, trátese de caminos de mayor o menor tránsito, senderos, o meros lindes de carácter particular.



A modo de oasis de género levantino, localizadas muy especialmente en numerosos reductos de las sinuosidades a que da lugar el perfil marino, surgen dos típicas y aromáticas especies arborescentes; el naranjo y el limonero.

Su desenvolvimiento es tanto mejor, cuanto más resguardados quedan de la influencia de los vientos fríos, y se hallan en cambio expuestos a la bonancible orientación de mediodía.

Proceden de plantación que data de muchos años, y en la que con posterioridad, la afición y el buen gusto, han intervenido de un modo directo en la ampliación de los ejemplares.

Florecen y fructifican en abundancia, y si bien sus frutos son pequeños y sus zumos no son tan agradables como los que encierran los procedentes de otras latitudes, no por ello dejan de ser muy solicitados cuando a falta de productos levantinos, son requeridos eficientemente por su interés vitamínico para determinadas afecciones.

No deja de ser extraño, y para muchas personas es sorprendente, como entre las nubosidades asturianas logró aclimatarse esta singular producción. Su presencia testimonia la prueba demostrativa, de como el ambiente es el todo para la vegetación; y como por efecto del conjunto de condiciones climáticas se suceden hechos, al parecer extraordinarios, pero que son consecuencia inmediata de una realidad. Tales circunstancias, han motivado esta escueta referencia.



## PRODUCCION FORESTAL

Muy indirectamente, se ha aludido con antelación a la vegetación de tipo forestal en Asturias. Pero dado el enorme valor que representa ese monumento viviente, se impone dedicarle un breve relato de sus elementos constituyentes.

Si se tratase de señalar un ejemplo claro de la magnificencia que refleja la selva natural, necesariamente con toda justicia, habría que apuntar su localización en Asturias. Y no se significa como bosque, puesto que la maraña que crece entre la planta arbórea—y dificultando muchas veces el normal desarrollo de ésta,—tiende al concepto de selva. Es más; en atención a la dificultad de penetración en la maleza que teje un cerrado a veces espinoso y otras enmarañado, en ciertas áreas materialmente cubiertas, podría merecer el apelativo de selva virgen.

Y cabe designarla así, puesto que ni el cazador más decidido, ni el montañero más osado, ni el pastor más montaraz, ni el leñador más encanecido en gajes de su oficio, como elementos todos conocedores de sus contornos, no han intentado penetrar entre esa frondosa vegetación, por no considerarse seguros de alcanzar—tras de casi inasequible y extremadamente trabajoso paso,—una salida a lugar de orientación previamente conocido.

No parece que aquella estancia—si no es con determinadas excepciones,—sea propicia para especie que no sea alada, y tenga a su disposición la franquía del aire para el vuelo entre las altas copas de los árboles; en las que hallan cobijo: gavilanes, cernícalos y halcones. Sin adentrarse en la espesura, no falta el urogallo (gallo de monte), cuyo encelado grito permite reconocer su presencia, y cuyos ejemplares se van reduciendo notablemente; y en tales linderos, posan los bandos de torcazas que, en su regreso otoñal acuden al pasto, allí donde el césped sirve de alfombra a la bellota y el fabuco.

En otro orden de seres, no hay fiera por pequeño porte que posea: gato montés, gineta, lince (en reducido número), melandro

(tejón), garduño (fuína), zorro, lobo, y mucho menos oso, que se aventure por tan intrincado espesor. Pues ocurre, que todos ellos necesitan tener y conservar conocimiento de ciertos parajes abiertos al tránsito, en razón de la lucha por la existencia; y sin asomarse al peligro que ofrece, como trampa natural, la encubierta maleza.

Así la selvática profusión vegetal, únicamente puede servir de adecuado hospedaje a las alimañas propias de la maraña en todo monte, como son la comadreja y el hurón. El alto ramaje, mantiene como seguro medio de defensa y vida a ardillas (esguiles) y mi-charros; y otros roedores rateros, discurren por la hojarasca que frecuentemente les sirve de escondrijo y albergue.

Ducho en las montaraces lides, elige localización salvaje el jabalí, en particular donde tiene a su disposición algunos regatos; en ellos, es donde gusta bañarse, aunque no con la fruición con que lo hace su congénere doméstico el cerdo, que a falta de agua en el campo—o de su suministro por el criador,—se restriega afanoso en el fango, tratando de hallar el beneficio del agua a su piel, con más solicitud que la requerida por muchos humanos.

Al recordar los regatos asturianos, se ofrece a consideración como en aquellos de más amplio cauce, se alberga la codiciada nutria.

Y por último, en el monte cerrado halla su natural defensa el tímido rebeco acuciado por sus perseguidores; sobre todo, cuando se ve desagradablemente sorprendido en los soleados picachos rocosos, entretenido en rumiar la fresca hierba que brota entre peñas o las jugosas puntas del tierno ramaje.

Se ha aprovechado el señalamiento de la trama selvática para intercalar escuetamente algunas de las especies de animales que habitan tales lugares o sus contornos, y reflejar así mejor, la vida salvaje y montaraz del conjunto.

Pero ni las cimas ni las vertientes de todas las sierras astures y sus derivaciones, son cotos cerrados e impracticables como los aludidos.

De éstos, unos son propiamente pirenaicos; otros en cambio, se encuentran desperdigados en las estribaciones del sistema orográfico transversal, siendo más numerosos del centro hacia Occidente que en la zona media y oriental.

Mucho más abundantes son los bosques propiamente dichos, integrados por lo general, por las mismas especies vegetales que pueblan la selva. Tanto en ésta como en aquéllos, todavía se conservan y pueden admirarse magníficos ejemplares en robles de diversas variedades. El roble a mayor altura es sustituido por el haya, de las que algunos pies son en extremo corpulentos, de gran frondosidad, que traduce la frescura del ambiente; la que a su vez, se presta el desarrollo de aisladas pero pobladas fresnedas.

Lo mismo ocurre, aunque en más reducido número, con los servales, cuyo llamativo aspecto por sus numerosos frutos fuertemente coloreados de rojo, permite hacerlos inconfundibles —hasta por el más profano,— con el fresno, no obstante el parecido foliar que, a primera vista, ofrecen ambas especies.

No falta el tejo, solitario y poco frecuente; y mucho más abundante se ofrece el acebo, de muy diverso porte, sin manifestarse propiamente arborescente. Entremezclado con unos y otros aparece el avellano, que adquiere más lozanía en zonas en las que, por desaparición del árbol de otra naturaleza, brotó aquél en tupido jaro; redúcese este jaral en nivel medio de altitud, y comienza a su vez a alternar con el castaño.

Espontáneas son también un buen número de especies, que a su vez han merecido el concurso del cultivo en zonas inmediatas a poblados. Entre otras, merecen ser citadas, el abedul y el arce; en lugares húmedos y próximos a corrientes de agua, el aliso, de cuya madera se construyen las clásicas almadreñas. El álamo negro es frecuente, y su congénere el blanco, se deja advertir a distancia por el tono de sus hojas. Por escasos ejemplares, está representado el olmo o negrillo; en cambio, se ofrecen con abundancia muy diversas especies de sauces, localizadas en terreno húmedo.

Llega a adquirir porte arborescente el espino albar o majuelo;

y tan abundante, aunque sin llegar a tanto desarrollo, se muestra el espino negro o endrino.

De fruto silvestre como los apuntados, y no menos típicos pero sí mucho menos frecuentes, son el cerezo silvestre, el manzano camueso, el níspero, el acerolo, etc., cuyos representantes es preciso buscarlos en zona elevada, es decir, en el ambiente salvaje de su propia naturaleza.

Pero aparte de estas excepciones, puede reconocerse que la variedad de especies apuntadas, con mayor o menor expansión superficial y variable número de individuos, son las que integran los llamados montes bajos que con relativa frecuencia se extienden hasta casi interesar la misma faja costera.

Y para que en el cuadro reseñado—demostrativo de la vida vegetal, que sirve de asiento a las especies de animales antes indicadas,—no se eche de menos el complemento de aquéllos que poseen el dominio del aire y de la tierra en típicos géneros de vida, no puede menos de indicarse la presencia del pausado buitre; es él, que durante sus circulares vuelos logra descubrir mediante su pasmoso olfato el hedor del pútrido animal que apesta el ambiente, saciando su voraz apetito con cebo tan inmundito, a la par que limpia los montuosos parajes de todo residuo de tal género.

En cambio, con menos utilidad y mayor perjuicio, circunda los mismos lugares en busca del corderillo abandonado a su propia defensa, el aguilucho que desde gran altura atisba la presa; y como el rayo se lanza sobre ella, agarrotándola ferozmente con sus garras y robándola del propio suelo.

En resumen, el enunciado expuesto permite deducir, que la vasta producción arbórea contenida dentro del área regional constituye un valioso inventario en el que, muy específicos productos, implican en la actualidad una portentosa valoración volumétrica.

Si esta resultante se ofrece, cuando la producción se halla sometida a una vida plenamente salvaje, júzguese lo que el hecho puede representar, si en lugar de hallarse abandonada a su propio destino, estuviese regulada mediante sistemática ordenación. Ne-

cesariamente, a lograr este requisito debe dirigirse el esencial punto de mira, a fin de ser atendido.

Y como anillo al dedo al efecto propuesto, se presenta un claro ejemplo que puede ponerse en vías de ejecución muy en breve. Da la circunstancia que la zona de casi mayor riqueza forestal, va a ser cruzada por el ferrocarril que atraviesa Asturias de S. a N., desde los puertos serranos a la salida al mar; de Leitariegos y Cangas del Narcea, hasta Pravia.

Pues bien, los nuevos cotos que mediante este medio de comunicación van a ser sometidos a explotación—capaces de rendir incalculables beneficios tanto desde el punto de vista minero como agrícola y pecuario,—son a su vez focos de brillante potencialidad forestal, y evidentemente que el camino de hierro que los atraviese, abrirá el cauce de su enorme caudal económico.

Por tanto, antes de que llegue el suspirado momento, conviene pensar en positivas realidades y no en sueños más o menos venturosos. Al efecto, proyéctense fecundos aprovechamientos, y cúmplanse proféticos negocios. Pero esto no puede ni debe querer reflejar, la pretensión de entrar a saco en el bosque con pleno desmantelamiento del mismo, como desgraciadísima labor a la que se llega con relativa frecuencia.

Cuando menos por una vez, y que sea la primera, que en el momento que se inicie el acceso de carácter progresivo a la selva, que no contribuya esa actividad civilizadora a violarla y extenuarla; que lo que se estima provechoso como pan para ahora, no signifique hambre para el futuro. Que si los padres realizan y logran hoy con el monte un bonito negocio, que piensen que es allí mismo, en aquel suelo, donde sus hijos o nietos pueden conseguir—mejor que en otro destino,—otro segundo premio con que les brinda la Naturaleza.

A este fin, ordenamiento y selección, son las normas que se requiere en el derribo del arbolado; nada de desconsaladoras talas. Es el único medio de que el bosque, reconcentrándose en los plañones jóvenes de sus retoños, no desaparezca, y vuelva a mos-

trar al cabo de un cierto número de años su nueva lozanía con su antiguo esplendor.

Es esta la forma de mantener la conservación del bosque a base de especies indígenas, de aquellas que han sido reseñadas, y que no son solo útiles sino imprescindibles para determinados y numerosos menesteres, que a tal efecto, no pueden ser reemplazadas por las especies exóticas cuya producción se encamina a otros fines.

A este propósito conviene recordar, que nada se ha dicho con todo intento hasta ahora, de las plantaciones de pinos y eucaliptos en determinadas zonas, con absoluta supresión de las especies indígenas propias del lugar.

En este sentido, bien está, y es muy de desear, que las necesidades impuestas por ciertas actividades—minera y constructiva muy especialmente,—se vean satisfechas con desahogo, sin apremiantes y a veces fatales escaseces.

Pero de esta natural aspiración, a tener que deplorar la desaparición del roble, del haya y hasta del castaño, ante su sustitución por especies arbóreas de rápido desarrollo dedicadas a los fines apuntados, media un abismo. Este hecho verdaderamente desconsolador, conduce no solo a hacer variar el típico paisaje del país, como circunstancia de menor monta; sino que semejante eliminación del bosque natural indígena, podría poner en peligro y hasta colocar en vías de desaparición, a la intensiva vida de un buen número de artífices que, de aquellas maderas del bosque, saben sacar con mérito y obtener con primor, verdaderas obras de arte en unos casos, o simples objetos de industria esencialmente necesarios, en otros.

Fijando la atención en un ejemplo de la más modesta artesanía, basta recordar la cuchara construída en boj, o el molinillo torneado en haya de la chocolatera. Es muy posible que más de una persona, al presentar tan rudimentarios útiles como motivo de consideración, los estime desprovistos de interés, y tal vez tome a chacota la propuesta de los mismos. Si así fuera y a fin de desvir-

tuar su craso error, bastaría con aconsejarle, que no se sirviese del pino o del eucaliptus para construir la cuchara o el aludido molinillo, si no quería degustar aromas poco agradables al paladar, a la vez que la estructura fibrosa de su madera no habría de prestarse convenientemente para la aplicación señalada.

Pero no es cosa de incluir otros ejemplos por el estilo, ni mucho menos detenerse a exponer los numerosos que conciernen a la variada talla en madera, o su técnico laboreo de ebanistería.

Y para terminar: Bosque y monte, desde todos puntos de vista, representan vida y riqueza; cultivándolos, y no dejándolos abandonados a su silvestre desarrollo, es riqueza permanente la que atesoran. Y en su fomento, estriba el bienestar de muchos pueblos que se nos ofrecen en ejemplo, como modelo muy digno de ser imitado.

## PRODUCCIONES CRIPTOGAMICAS

Ante la extensión que adquiere este trabajo,—a medida que una tras otra brotan sugerencias de sabor y porte muy diversos, en relación con los elementos naturales sometidos a observación,—no es posible detenerse a enunciar, consideraciones acerca de cada uno de los tipos que definen el conjunto biológico asturiano.

Es a esa observación, de típico matiz naturalista, a la que en tantas ocasiones se critica sin fundamento, por no haberse detenido el censor a pensar lo que supone el pasmoso—por consubstancial,—conglomerado de vidas afín al ambiente en que nos mantenemos. Y sin embargo, para obtener un absoluto convencimiento de semejante realidad, merced a la cual puede decirse que vivimos, se impone más breve tiempo que el momento que interesa la incomprensible chanza; a su vez, denunciadora fatal de manifiesta ignorancia, aunque otro rasgo muy distinto de concepto le atribuya la frecuente y errónea crítica.

Pues bien, esa observación naturalista, no deja de hallar motivo de examen y aplicación en todo ser, considerado no ya desde un

punto de vista del propio aislamiento, sino como efecto de asociación con otros de uno u otro reino. Pero ante la imposibilidad de una amplia referencia, se impone una selección de temas.

Esta elección, significa a ciertas formas criptogámicas como adecuada materia de comentario, que a la vez reflejará modos de utilitarismo y en consecuencia, hasta de bienestar material.

Aunque parezca mentira, los ejemplos que se ofrecen no obstante su simplicidad, reflejan una valiosa significación en virtud de su estrecha relación para la agricultura, por cuyo motivo los hechos derivados bien merecen una breve reseña.

Tal sucede con la recogida de la abundante cantidad de algas marinas que en los períodos de agitación del mar es arrojada sobre las playas asturianas por el potente oleaje. Amontonadas en un principio, y sometidas a fermentación, contribuyen después con su esparcimiento al abono de las heredades próximas a los contornos marinos.



Se ofrece en Asturias otro ejemplo, que implica el mismo destino. Como no cuenta el solar astur con el exceso de paja procedente de la variedad de cereales y leguminosas cultivadas en abundancia en la meseta, se hace preciso recurrir a otros productos vegetales, que sean abundantes en factura y recolección, a fin de atender al cuidado de las camas del ganado de estabulación.

Y con la hoja seca, las argomas y los brezos, resalta al punto de vista propuesto, el helecho. A tal fin, peñascales y muretes, cimas y hoyadas, regatos y vertientes, aparecen materialmente cubiertos, sobre todo en aquellos lugares donde abunda la humedad y la sombra, constituyendo verdaderos cotos de muy diversos tipos de pteridofitas. Y esta riqueza del «felecho», es a su vez apropiada materia prima para la obtención del «cucho», tan codiciado por el labriego para los cultivos.

Los tallos y frondes de sus plantas, cuanto mayor sea su des-



arrollo (1 m. a 1,50 m. en los pteridios más vulgares) resisten menos las bajas temperaturas; esta circunstancia influye en su sequía en la otoñada, contribuyendo sus residuos a enriquecer notablemente de mantillo la tierra vegetal. Este suelo ofrece así excelentes condiciones de germinación de las esporas, y consiguiente formación de protalos generadores de nuevas plantas en primavera. En esta misma época, es en la que el tallo rizomático conservado bajo tierra rica en humus, inicia su crecimiento mediante nuevas yemas, que típicas por su forma de cayado, dan lugar por expansión a nuevos frondes anuales.

Véase pues, cómo el modesto y desapercibido helecho—por indotado de condición floral,—atrae la atención del campesino, al que rinde un inmediato beneficio, tal vez pequeño, por no saberlo apreciar en su verdadero alcance y fecunda aplicación.



Tierra húmeda, cubierta de variada vegetación herbácea, musgosa y helechal; con gran cantidad de detritus vegetales, y de consiguiente, abundancia de mantillo; clima suave, de temperatura orientada hacia el calor más que al frío. En conjunto, ambiente muy propicio para la producción de hongos, o setas, como se dicen en la región.

Y por cuanto supone el favorable medio que encuentran para su rápido y gran desenvolvimiento, así como por las propiedades dañinas y tóxicas de que participan muchas de aquéllas, no está de más alguna que otra consideración.

Es así, que el exceso de lluvia y por ende de humedad, la situación demasiado sombría, y en su consecuencia la pútrida localización, son factores que motivan una descomposición de la masa del hongo que lo altera y corrompe con inevitable producción de principios tóxicos. De ahí, que aquellos sitios soleados, aireados, de relativa humedad, son los más adecuados para que la seta se

mantenga fresca más tiempo, retrasándose así la producción de larvas, su reblandecimiento y putrefacción.

Aún para los hongos considerados como comestibles, deben ser tenidas muy en cuenta estas condiciones de origen, a fin de no ser aprovechados para el consumo los comenzados a alterarse, por natural producción de sustancias más o menos tóxicas.

A falta de una sagaz orientación por parte del campesino—avezado desde que tiene uso de razón por enseñanzas de sus mayores, a distinguir las clases comestibles de las venenosas,—toda cautela es siempre imprescindible en la recolección y aprovechamiento de las setas. A este particular, el aspecto, los tonos de coloración, el aroma o el hedor que exhalan unas u otras especies, son apreciaciones que deben ser advertidas antes de ser recogido un hongo, cuya masa al ser cortada se presta a marcados cambios de color, que denuncian claramente un franco síntoma de toxicidad.

En general, las numerosas especies venenosas, motivan la natural repulsa como consecuencia de sus colores pronunciados, la fácil descomposición de su tejido, y la pestilencia de aquellos ejemplares en vías de putrefacción.

De otra parte, bajo los pinos, castaños y robles, ciertas especies; o cobijados entre brezos y árgomas otras clases, son éstos generalmente, los lugares en los que se desenvuelven los hongos comestibles, en terrenos un tanto arenosos, con negras tierras, y corto cesped de hierba y algunos musgos.

En dos períodos estacionales, tiene lugar en la región asturiana como en toda la norteña, la aparición de las setas.

Es uno en primavera, en el que la producción de especies es más reducida, pero en el que la afición a la recolección de especies comestibles es mayor, así como su consumo. Son los hongos de este tiempo de aroma más delicado y agradable; y desde abril hasta comienzos de verano van apareciendo sucesivamente, según la menor o mayor altitud, en los prados parcialmente cubiertos

de brezales. En general, a los Tricolomas, se les asigna la denominación vulgar de setas.

No hay noticia de cultivo de hongos en el solar astur; y sin embargo, no dejan de existir localizaciones tan magníficamente adecuadas, que con muy pequeño impulso por parte de la iniciativa de un aficionado, constituirían recintos de gran producción y verdadero rendimiento, más tratándose el caso desde el punto de vista de su preparación en conserva. A este objeto el hongo indicado, es el que ofrece mejores condiciones tanto para desarrollo como de consumo.

La otra estación, en la que las setas son más numerosas, se inicia en agosto y puede extenderse hasta bien entrado octubre, según las condiciones de clima.

Son hongos de bosque en lugares sombríos; y con el calor propio de la época y las lluvias intermitentes, adquieren un rápido desarrollo. Corresponden a esta época el grupo de setas en las que están comprendidas la mayor parte de las tóxicas, y los géneros más frecuentes encierran especies dañinas y comestibles, tanto unas como otras muy llamativas por sus tonos de color.

En cuanto se refiere a Asturias, no merecen las setas estivales el aprecio de las primaverales; y si frecuentes los Lactarios, Cantarelos y Boletos, tales términos castellanizados de su nomenclatura científica, no se les distingue con expresiones particulares de sabor regional que las diferencie del genérico apelativo empleado.

Para terminar, y aunque parezca al efecto, que los hongos expresan muy poca cosa, cabe preguntar ¿encierra alguna significación la presencia de las setas al objeto del tema propuesto?

Y basta contestar: Tierra de verdor y frondosidad, rica en detritus orgánico, es tierra de setas; productos que no se dan por los terrenos áridos, desnudos y empobrecidos.

## RIQUEZA FLUVIO-PISCICOLA

Difícilmente se puede concebir—y así es en realidad,—monte y campo sin río, de menor o mayor cuantía.

En la vida de la Naturaleza, éste como aquella son factores complementarios, cuyas funciones se hallan de tal modo interferidas, que no es posible se aislen unas de otras; son mutuamente vitales, y es lógica por natural, su absoluta interdependencia.

Hablar pues, de riqueza rural, y dejar en el tintero, aquel renglón que ofrece la vida fluvial, no parece perdonable. Aunque sea escuétamente, conviene analizar sus productos vitales de mayor interés o trascendencia.

En el primer caso destaca, el cangrejo de río. Competen al segundo término, ejemplos tan francamente esenciales, como son: la anguila, la trucha y el salmón.

No es precisamente pez, la primera especie señalada. Y como crustáceo, queda comprendido en la vulgar—y para el caso errónea,—denominación de mariscos, con la impropiedad que su procedencia es de agua dulce y no marina, si bien tal nombre alude más que otra cosa, al modo, forma y hora en que el cangrejo es condimentado, servido y consumido.

No deja de ser extraña, la afirmación contenida en un folleto recientemente publicado, y dedicado a demostrar la riqueza astacícola en España. Se señala, que en Asturias no existe el cangrejo de río; y únicamente el lago Enol, sobre Covadonga—añade la referencia,—constituye la excepción; es ello debido a una afortunada repoblación artificial llevada a cabo hace más de cuarenta años.

A este respecto debe hacerse constar, que en los ríos y riachuelos inmediatos a la capital asturiana se conocen y pescan los cangrejos sin necesidad de retel alguno, a mano; y llegan a adquirir los individuos gran desarrollo.

Y si esto sucede en esta localidad, necesariamente que el caso se repite en otras varias; pero lo que ocurre, es que en Asturias, no son los cangrejos tan solicitados como en otras zonas, en atención a la gran cantidad de marisco que se recoge y consume, y de ahí no constituyen aquellos bocado tan apetecido.

De otra parte, las aguas fluviales asturianas y la naturaleza cali-

za de sus terrenos, no dejan de ofrecer un medio adecuado para el desarrollo astacícola, a excepción del Occidente astur.



En cuanto se refiere a las especies propiamente fluvio-piscícolas, el caso se presenta completamente distinto. Su abundancia es manifiesta en la actualidad, por cuanto concierne a la anguila y trucha, cuya localización en los perfiles altos y fuentes de los ríos, les salva de la perniciosa influencia de la suciedad de aguas impuesta por el lavado del carbón; motivo por el que hace no muchos años, ha dejado de ser el río asturiano el vehículo y centro de pasmosa cantidad de salmones.

Si nada más que hasta cierto punto, puede considerarse la cantidad de anguila pescada como motivo de beneficio, en cambio, es un verdadero y saneado motivo de rendimiento económico, la pesca de la anguila. A este objeto se debe hacer notar, que hasta no hace muchos años, no ha merecido atención esta nueva fuente de ingreso, posiblemente, por no haber conocido con precisión las condiciones de pesca y la consiguiente forma de ser preparada para el consumo.

Se recoge la anguila mediante un tupido cedazo en el agua propia de ría; designándose con este nombre la zona fluvial en que se mantiene la mezcla de agua dulce y salada.

Así las cosas, no pudo menos de producir una verdadera sorpresa—tanto en los pescadores como en los aficionados al delicado y caro manjar,—el caso que la anguila, sea un producto resultante de la proliferación de la anguila, ante el hecho de que ésta, en su estado adulto, sea pescada en zona inmediata a los orígenes del río; pero principalmente las hembras, necesitan volver al mar a fin de lograr condiciones imprescindibles para la perpetuación de la especie.

Semejante ejemplo, prueba que el estudio de carácter naturalista, sirve para algo más, que para ser conceptuado como camino

obligado hacia la chifladura. Dicho ejemplo, ha contribuido a aclarar uno más de los tantos prodigiosos problemas que plantea la Naturaleza; los que ésta nos muestra de continuo, para que cada día admiremos más esa portentosa obra motivo de la Creación, que difícilmente llegará a ser conocida en su infinita grandeza.

Es en las rías de Navia, San Esteban de Pravia, Villaviciosa y Ribadesella principalmente, en las que la angula, como fase intermedia en el desenvolvimiento de la anguila, constituye una pesca enormemente productiva; a tal punto, que saldadas las necesidades de la región con venta a un alto precio, es la angula exportada a diario, obteniéndose así un elevado sobreprecio.

No faltan en lugares inmediatos a las rías señaladas dispositivos especiales y a la vez sencillos, que son verdaderos viveros de angula; cuya presencia patentiza la demostración, de un negocio perfectamente desenvuelto por elementos conocedores tanto del desarrollo de la angula como de los gustos y precios en los mercados.

Y como precisamente, la angula no forma parte de aquellos productos que están sometidos a la variabilidad de coste, sino que cada año es cotizada más por alto; conviene señalarlo así, a los efectos de conseguir un mayor rendimiento pesquero, si bien éste por su propia naturaleza se halle condicionado a circunstancias de índole muy diversa.



De los géneros de pesca fluvial, seguramente el que da más motivo de infracción a su ley, es el correspondiente a la trucha. Es ello principalmente debido, a la coyuntura de que especie tan codiciada, ocupa la zona más alta de las aguas encauzadas, sin que ésto quiera decir que sea aquella su exclusivo habitat.

Se trata por tanto de zonas de elevado nivel, con aguas corrientes y limpias, frescas y movidas entre sus pedregosos cauces; y dicho está, que tales circunstancias se dan en sitios bastante dis-

tanciados de población, y a lo sumo inmediatos a los caseríos aislados; lugares en suma, en los que resulta difícil ejercer una estrecha vigilancia.

De otro lado, como por lo general toda afición mal entendida se basa en una disculpa falaz, esto es lo que muy corrientemente sucede con la pesca de la trucha; y así se discurre, que antes que sea pescada por otro, precisa pescarla como y cuando convenga.

De criterio tan erróneo, egoísta y desafortunado, se sigue indefectiblemente, que la principal causa de la escasez de truchas se debe a la inoportuna impaciencia de muchos,—aparte de un redomado prurito culinario;—por cuyas circunstancias, es precisamente en la época de veda cuando se siente más interés en que, asome como reclamo la trucha que, se dice, oculta en la cesta, o que sea servido por plato más gustoso como fruto prohibido.

Lo apuntado, y aún algo más, podría decirse de la trucha en Asturias, región en la que, a pesar de todo lo dicho, su producción no deja de ser notable; circunstancia que deja presumir el magnífico resultado que podría conseguirse si en todos los adecuados ríos y regatos astures, se cumpliesen los requisitos señalados por la ley.

Lástima grande, que este convencimiento no llegue a cuajar en la mente de todos los pescadores, tanto por afición como por negocio; porque de ser efectiva su resolución de respetar lo legislado, podría llegar momento sin tardar mucho tiempo, que el número de truchas sobrepasase—exagerando un poco,—al de piedras existentes en el río; y hasta podrían ser cogidas, en el instante tan típico de su salto aguas arriba.

Semejante abundancia, lejos de ser un perjuicio, representaría evidente ventaja, demostrativa en prueba más de la riqueza asturiana.



Y toca por último, exponer algunas particularidades concernientes al salmón.

Cuando una persona llega a Asturias, y por cualquier motivo se sucede la conversación del salmón, es seguro que el comentario que surge con la consiguiente admiración por parte de todos, es el escueto relato siguiente:

«No hace todavía muchos años, allá en tiempo de nuestros abuelos, en ocasión que una sirvienta solicitaba la entrada en una casa, establecía como condición prévia, la de no comer salmón nada más que un sólo día por semana.»

Este registrado suceso histórico, trae a colación, otro análogo que se refiere a una capital mediterránea, en la que el ingreso menestril en la casa, se condiciona a no comer a diario las que dicen almejas propias de aquella costa.

Uno y otro caso reflejan el síntoma de la abundancia; con la diferencia que el último, por mucha actualidad que ofrezca, presenta la fácil solución de dejar las almejas en el fondo arenoso donde viven. Pero en cuanto al del salmón asturiano, denota que su abundancia pasó a la categoría de lamentable referencia, por lo que el salmón supuso antaño, y lo que implica, con verdadera pena, hogaño.

¿Podrá sospecharse por lo dicho, que ha desaparecido esta fuente de riqueza asturiana? Se ha expresado como riqueza, y así lo es en sus verdaderos términos. Lo fué antes, por su abundancia; lo es ahora porque en medio de su escasez, la alta cotización que alcanza el salmón lo clasifica entre los productos elegidos; pero lo más interesante, y a ello se debe llegar, es que en lo sucesivo constituya un abundante venero de riqueza.

En efecto, aunque la producción del salmón fuese mucho mayor que lo es en realidad,—que es lo que se debe conseguir,—no hay que temer un descenso en su elevado precio, que conduzca al fatal de los tiempos pasados sino que seguirá mereciendo siempre un señalado favor más que remunerativo. Basta pensar para ello, que en la época de las galeras aceleradas a que antes aludía el comentario, la gran producción tenía que ser necesariaments consumida en la región; hoy en cambio, por los medios de comunicación



existentes, y por las condiciones que reúne el salmón para su conservación, permite ser exportado en gran cantidad para toda la península, con lo que se ofrece un vasto campo de ampliación del negocio.

Véase, pues, si ello constituye motivo más que suficiente, para que se defienda y extienda el cultivo del salmón.

A tal propósito, se recordará que precedentemente se ha indicado, como por el ensuciamiento de las aguas fluviales motivada por el lavado del carbón, han quedado inadecuadas para la permanencia de todo pescado.

Podría decirse, que la gran ampliación de la industria carbonera desde años atrás, ha contribuido a la desaparición de otro factor de gran abundancia,—como fué el salmón,—en la época en que la producción del carbón era muchísimo más reducida, y sobre todo, no se efectuaba su levigación en las condiciones actuales.

Ha sido señalada antes la estancia del salmón en agua dulce, pero no se ha expresado como exclusivo medio de vida, puesto que el salmón vive en el mar. En efecto, con motivo de su proliferación, el salmón no requiere agua salada; de ahí, que recalando las rías, emigra al río, en el que afluye aguas arriba para efectuar el desove. Allí, en aguas frescas y tranquilas, es donde tiene lugar la fecundación; en su consecuencia, los diminutos nuevos seres van por fases sucesivas adquiriendo desarrollo, y a los dos años alcanzan un par de decímetros de longitud.

En este período se les conoce con el nombre de «esguines», y es la época en que abandonan el río y emigran al mar; de donde al cabo de otros dos años poco más o menos, volverán al agua dulce del río para iniciar su ciclo reproductor.

Pero es preciso hacer constar, con respecto a la desaparición del codiciado pescado, que fueron a su vez otras artimañas, las determinantes de su destrucción.

Así, el empleo de productos tóxicos y hasta explosivos para ser arrojados en los pozos de estancia de «esguines» y salmones, ha sido vergonzosa actuación, que durante varios años ha denun-

ciado una manifiesta prueba de incultura en todos órdenes, a la par que semejante insensatez ha dado al traste con una notable producción salmonera en sucesivos años.

Fueron a su vez, otras malas artes las que contribuyeron a la desaparición. No es posible olvidar la siniestra operación de colocar en los mismos ríos, los artefactos dispuestos en serie para la captura de los salmones; que si sensible y perjudicial era en la inmigración ascendente, no lo era menos en la emigración descendente, que alcanzaba por igual a salmones y a «esguines».

No ha sido, pues, el carbón, el único culpable de lo que hoy tanto se echa de menos; acháquese a un muy mal entendido interés y a un incomprensible egoísmo, una buena parte del resultado negativo a que se ha llegado hasta hace pocos años.

Téngase en cuenta, que no todos los ríos asturianos productores de salmón, han sido invadidos por el polvillo carbonoso y el detritus de materiales de escombrera. Y en tales cauces, si hoy se conserva, es debido especialmente, al cuidado e inspección continua de sus aguas por parte de la sección forestal; de otro lado, débese a su vez, al buen sentido que se va imponiendo entre los pescadores, dispuestos a desposeer de tal título a todo infractor de las buenas normas, mediante las que se tiende a conseguir la repoblación salmonera.

Y nadie mejor que los pacienzudos salmófilos—que cuanto más abunde gastarán menos paciencia,—para darse cuenta del magnífico rendimiento que su pesca les proporciona, y mostrarse decididos defensores de un motivo de riqueza que, más que propio de la región, podría y debería ser de carácter nacional.

## EL MAR PARA ASTURIAS

Pero Asturias, no solo dispone de tierra firme y cuanto ésta encierra. Asturias se asoma al Cantábrico, condición que de una parte permite divisar horizontes lejanos; y de otra—podría decir-

se más casera,—le alcanza ser copartícipe de la riqueza contenida en su propio mar.

A este particular, son varios los puntos de vista que pueden establecerse en cuanto se relaciona con la producción pesquera marina. Tales son: el arranque de la pesca; el provecho inmediato deducido de su consumo local; el beneficio obtenido de su exportación en fresco; los derivados en conserva, así como su consumo y exportación; etc. En suma, un nuevo y significativo filón de acentuado rendimiento.

Y los hechos, a veces con todo su sarcástico realismo, imponen el desdichado testimonio por el que, quien arranca del filón el elemento vital; quien sufre penalidades y hasta expone su vida para extraer aquella otra contenida en el seno marino; quien más depende por oficio y afición del mar que de la tierra; el que menos beneficio obtiene de ese mar, que a pesar de los sinsabores que le proporciona, en tal forma le atrae, que materialmente no podría vivir apartado de él; es precisamente el modesto pescador, el hombre digno por todos conceptos de compasión, defensa y auxilio.

Es cierto que, a propósito de la vida costera asturiana, debe señalarse, que no es su población propiamente pescadora en el amplio concepto del término. Así, excepto puertos tan esencialmente característicos como son Cudillero, Luanco, Candás, Lastres, etc., y nada más que en parte Gijón y Avilés,—que son ejemplos de manifiesta actividad pescadora,—no sucede lo mismo en otros, por el hecho de que en éstos últimos, la población costera dedica sus afanes y trabajos hacia otros menesteres que impone la vida en relación con el mar.

Pero esta circunstancia en aplicación, no es debida a ausencia de pesca, ni menos a igual caso en beneficio derivado de la misma. Así es, en efecto, ya que a falta del elemento pescador, acude el alienígena desde la rinconada de Pasajes bien mar adentro, a la altura del cabo Peñas y sus aledaños. Y las costeras del besugo, del bonito, de la sardina, y de la anchoa o bocarte, que puede decirse realizan otros pescadores norteños en comunidad con los as-

turianos, rinden muy generalmente sus pescas en aquellos puertos astures, en los que radican las bien conocidas factorías de salazón y conserva.

Nada de extraño supone este frecuente recalado del marino pescador forastero; es lógico ejemplo que se ofrece, puesto que ante la orientación y movimiento del «mansío», una vez estrechado entre redes y reducida su masa por éstas, se precisa descargar en el puerto más próximo, a fin de continuar operando un viaje tras otro, en tanto lo permita la condición y situación ventajosa del motivo de pesca.

El resultado inmediato de este ininterrumpido tráfico, es la entrega a tierra astur de aquella prodigiosa fecundidad piscícola, que por natural arribada, mantuvo en sus entrañas el mar costero asturiano.

Y sin otro género de consideraciones, anótese, que si se tiene en cuenta el valor que representa la masa de pesca extraída entre los tipos antes indicados, realmente sorprenderían sus cifras. Bien es cierto que en este enunciado como en los que van siendo apuntados, se ha hecho caso omiso del dato estadístico; pero al objeto propuesto, es suficiente apreciar la franca realidad y la mera observación, que con el consabido sentido común, son elementos de juicio capaces para permitir deducir, que también es oro—como el negro carbón, la verde hierba y el dorado maíz,—el plateado pescado marino.

En este sentido, todo un conjunto de circunstancias deja deducir, que si se ayudase metódica y económicamente al pescador, de tal modo que el rendimiento de su rudo trabajo pasase a ser repartido entre numerosas manos—en lugar de ser distribuido entre tan contadas, que sobran los dedos de una para indicar tal número,—determinaría una evidente mejora económica del pescador, a la vez que una no menos evidente ventaja de adquisición del pescado, principalmente a favor, de quienes sus modestos medios les impiden hoy consumirlo.

Y es, que en esta transacción como en la mayor parte de los

llamados negocios, es muy limitado el número de los beneficiarios. Posiblemente, por tan inequitativa y despiadada repartición, brotaron antaño revulsivos sociales de muy diverso tipo. Mirando al porvenir, parece ser que semejante error, por reconocido, deja traslucir la deseada implantación de un sistema de equidad en los beneficios, encauzado hacia un tipo de vida más igualitario. Así lo prevé con paternal ansiedad y vidente norma justiciera, el Jerarca de la Cristiandad, en su rescrito de la pasada Pascua navideña.

Para conseguir ese ansiado método de pacificación social, es preciso mirar en primer término, a los medios de vida que proporciona el suspirado «espacio vital», que tanto bulle en nuestros días.

A este respecto, y precisamente a través de cuanto queda expuesto, no se ha hecho otra cosa, que—registrando un coto,—analizar las disponibilidades naturales que ofrece el solar asturiano, que a su vez muestra en el mar, un poderoso y positivo complemento de vida.

Díganlo sinó con las especies antes apuntadas, lo que supone una escueta reseña de otras, no menos abundantes: el congrio y la merluza, el salmonete y la doncella, el verdel y la dorada, el bacalao y el mero, el atún y el rey, la raya y hasta el pixín. Clásicos por su forma deprimida el lenguado y el robadallo, sin olvidar la «suella» de las rías asturianas, en las que más hacia el mar se halla el muble y la lubina, así como también la típica lamprea; y en otro tipo de seres, el calamar y la jibia, más o menos mar adentro.

Enunciado precedente, que en el sentido propuesto de divulgación y apreciación de riqueza, refleja muchísimo más, que una relación nominativo-científica de las especies anotadas.

No es ocasión para insistir cuanto significa—en relación con los puntos de vista señalados,—la presencia de la serie de fábricas diseminadas a lo largo de la costa asturiana, en disposición de preparar las enormes masas de pescado que tragan sus calderetas primero y los envases después.

Y lo mismo en la clásica salazón y escabeche con su rudimen-

tario encubado en madera, como en el refinado dispositivo que exige en toda operación requerida por el pescado, desde su entrada al natural en fábrica, hasta su salida en el comprimido inalterable de la latería.

Para todo ello, es necesario un buen número de brazos que logra en afanoso destajo un elevado salario de índole industrial, mientras que a ratos perdidos, se ocupan muchos de aquellos mismos brazos de sus tareas labriegas, a modo de formas ambas complementarias de vida.

Es este un modismo, como tantos otros de diversa índole, que se ofrecen en la costa y sus cercanías; allí donde la vida industrial por uno u otro motivo surge con certero desenvolvimiento, e invita al hombre trabajador y de por sí emprendedor, a la búsqueda de rendimientos y beneficios a costa de muy variadas actividades.

No debe sorprender por tanto, que las gentes de tierras adentro, sometidas corrientemente a un género casi exclusivo de vida en razón de limitada y muchas veces simple actividad, acuciadas por el provecho logrado en solares del litoral, acudan a éstos en interés de probar aptitudes y hasta desenvolver iniciativas y empresas. En este orden de cosas, Asturias ha ofrecido en tiempos sucesivos, el anchuroso campo de su fecunda productibilidad, a elementos provenientes de la meseta castellana, de tierra de campos y de la vertiente leonesa para muchos de los cuales, el verde campo asturiano ha sido y es ventajosa tierra de promisión.

Cabe concluir en suma, que el mar y cuanto significa, míresele por doquier, constituye para Asturias un inmenso caudal de producción y de vida.

## EL MARISCO EN ASTURIAS

No es cosa de hoy, ni tampoco de ayer, el aprovechamiento y consumo de especies animales que aparecen comprendidas bajo la denominación vulgar de mariscos; asimismo no faltan otras, que

aunque no encajan en dicho apelativo, sin embargo son afines por su tipo de organización.

Se trata de especies correspondientes a Crustáceos y Moluscos principalmente, y aunque lo corriente es que sean tomadas en frío después de cocidas, no faltan algunas que son consumidas en crudo como sucede con algunos moluscos; y ya de otro grupo, los «oricios», «aleznas», o erizos de mar.

La larga costa asturiana es sin género de duda, causa determinante de la afición al marisco; pero justo es hacer constar, que para mantenerla, lo primero que se necesita es la abundancia del mismo; y a este respecto, bien puede consignarse que hoy como ayer y en tiempos pretéritos, es asiento la costa astur de una verdadera riqueza productora del marisco.

Por tanto, su aprecio y consumo, son hechos que datan de allá, en la remota época del primitivismo prehistórico; reconociéndose mediante pruebas positivas como fué apetecido el gustoso marisco.

Es en los yacimientos paleolíticos astures, característicos de las cavernas de la región, donde aparecen con clara y constante precisión los «bígáros», nombre vulgar con que se designa, entre otras especies, a las Litorinas. Por cierto, que aparecen los ejemplares de tal época, bastante más voluminosos que los actuales, cuya circunstancia indujo al distinguido y malogrado espeleólogo asturiano Conde de la Vega del Sella, a señalar la apreciación de variantes climáticas entre aquella época y la actual, en relación con el distinto desarrollo de la concha, y por tanto del cuerpo, del citado molusco.

Y el caso permite establecer con notable salvedad, que no es hoy la gran litorina la que tiene más aprecio, pues comprendidos en la antedicha denominación vulgar no faltan alguna otra especie, e incluso algunos tróquidos, que no dejan de ser muy solicitados por los aficionados al marisco.

Pero bastante más, nos dan todavía a conocer los tiempos remotos. A medida que el hombre prehistórico progresó en útiles

de industria, así también pudo incrementar sus elementos de vida; y en relación con los mariscos, extendió su captura a otros, pero siempre de aquellos cuya presencia no diese motivo a rebasar la ribera marina, más o menos espaciada según los flujos de marea.

Teniendo en cuenta, que el hombre del preneolítico y aún posterior, es terrestre por naturaleza, es decir, sin pujos marineros, fué la caza mayor su principal base de sostenimiento; y aunque el marisco contribuyó a su alimentación, no tuvo necesidad aquel hombre de arriesgarse a los peligros del oleaje costero, manteniendo sus andanzas sobre la peñascosa orilla o la arenuda y fangosa ría, recogiendo el marisco en cantidad suficiente para poderlo trasladar a su residencia de tierra adentro, y cubrir sus diarias necesidades.

En este sentido, son los llamados «concheros» asturianos, palpable demostración de ese continuado trajín entre la cueva y la orilla, cuya distancia de dos, tres, cinco o más kilómetros, fué salvada según los períodos estacionales con más o menos frecuencia.

Entonces,—del mismo modo que ahora,—sólo las partes blandas fueron aprovechadas, y las valvas y caparazones constituyeron motivo de deshecho; de ahí, que sean los montones de estas formaciones depositados en el amplio vestíbulo cavernario,—allí mismo donde fué consumida la parte comestible,—el lugar en el que aparecen hoy los grandes lechos del conchero denunciador, como testimonio fehaciente de las grandes cantidades de marisco, del que aquellos cavernícolas se surtieron en la costa vecina.

De los restos hallados correspondientes a las especies recolectadas, se obtiene la prueba convincente que, con muy ligera variante, son las especies que hace cuatro mil años fueron aprovechadas, las mismas que siguen mereciendo el consumo de nuestros días; y no ya exclusivamente de las gentes residentes en la costa o sus cercanías, sino por aquellas que habitan la meseta peninsular.

Así sucede con los mejillones, propios de la peña marina de continuo azotada por el oleaje. Aparecen interpuestos entre ellos los racimos de percebes, crustáceo cuya presencia en el conchero



es difícil percibir; es ello debido a que las empizarradas valvas de sus uñas, por pequeñas y poco consistentes, han desaparecido, conservándose únicamente aquellas de gran tamaño que denuncian su correspondencia con un pedúnculo largo y gordo, como buen bocado.

Ya en plena roca bañada por la pleamar, fueron y son recogidos los caracolillos o «bígáros», comprendidos en especies de troquidos, litorinas y monodontas, con sus tapaderas u opérculos quitinosos; así como también, las típicas lapas con su concha cónica y áspera. En esas mismas peñas fueron recogidos los erizos de mar, cuyo acentuado sabor es todavía hoy muy apreciado; sin olvidar a este respecto el pulpo, como propio de plato favorito, muy en particular, todavía saboreado por marinos y pescadores.

Sin embargo, conviene hacer constar, que a juzgar por el tamaño de las conchas en los concheros y el de los individuos que hoy se consumen, puede deducirse que el gusto se ha educado; parece hoy mostrarse más delicado por las especies consumidas, y no denota la depravación consiguiente a una alimentación casi exclusiva a base del marisco.

Permite señalar esta misma apreciación, el empleo de otras especies, que habitan en otro género de parajes de suelo arenoso, tales son los muergos o cuchillos de mar, hoy dedicados como sabroso cebo para el anzuelo; las conchas de peregrino, más propias de las rías gallegas que de las asturianas; siendo hoy principalmente consumidas las «amasuelas» o almejas, de distintas especies, si bien otros géneros más ordinarios de venéridos fueron aprovechados por los prehistóricos.

En lo que se ve una marcada predilección tanto entonces como ahora, es de aprovechamiento de las ostras; y a este propósito, la abundancia de sus valvas en los concheros, permite deducir, que en la costa propiamente asturiana, fueron más solicitadas y perseguidas que en los tiempos modernos.

Analizando los elementos componentes del yacimiento conchífero, se logran descubrir algunos fragmentos de caparazones pter-

necientes a langosta, bogavante, centollo y cangrejo de mar. De todos ellos es el último el más frecuente, lo que no es extraño desde el momento en que, es sobre la peña costera donde vive y puede ser recogido; no sucede lo mismo con las otras especies citadas de crustáceos y de mayor porte, puesto que su pesca ofrece generalmente inconvenientes, que difícilmente el hombre prehistórico supo y pudo sortear.

En cambio, dichas especies son las que en nuestros días constituyen predilecta atención desde el punto de vista de su cultivo en las típicas cetarias o criaderos, según la especie de que se trate; y de cuyos viveros o bien directamente del mar representa la cría y pesca de ciertos mariscos en Asturias, un capítulo de ingresos considerable.

Si bien, en este caso como en alguno de los precedentemente apuntados, la afición primero y el trabajo intensivo después, pueden ser motivo de un insospechado rendimiento capaz de mostrar con toda largueza, el positivo fruto que el marisco puede significar en el amplio marco de la riqueza costera asturiana.



A modo de apéndice se muestra la ocasión oportuna—por cuanto de común tiene con los moluscos reseñados,—para ofrecer algunas indicaciones respecto de los caracoles de tierra que son objeto de aprovechamiento.

En primer término, justo es hacer constar, que la abundancia de terreno calizo en Asturias con la única excepción de la zona occidental, constituye apropiadísimo habitat para los moluscos terrestres en relación con la producción de sus helicoidales conchas. Caliza por tanto, humedad y vegetación abundante, es el ambiente requerido por estos animales que en justa correspondencia abundan en Asturias.

Y a falta de otros elementos más preciados, no tiene nada de extraño que sus partes blandas hayan sido consumidas ya desde

época prehistórica, posiblemente con más apetencia y en cantidad mayor que en nuestros días.

Con todo, no faltan hoy degustadores, que hacen alcanzar un notable grado de preparación culinaria, y estiman su empleo más bien como complemento de un sabroso preparado a base de hongos y jamón, en el que estos componentes sobrepujan el condimento del blando caracol.

Y a este uso, son tres las especies empleadas; dos ordinarias, y una tercera más fina, bien conocida por los franjeados colores de su concha.

### UN PLAN PARA EL FUTURO

Y antes de dar término a la escueta reseña desarrollada, cabe preguntarse ¿se ha pasado revista en sus enunciados, a cuantos valores de producción se suman en apretado haz y bajo complementarios efectos, a la franca condición de privilegio en que se asienta, manifiesta y cotiza hoy el solar asturiano?

Ni se ha pretendido tal cosa, ni resulta hacedera por su complejidad, llevar a cabo semejante empresa, mediante un trabajo de la naturaleza del presente.

Para ser llevado a feliz término un proyecto de tal envergadura, sería menester emplear un método completamente distinto, al criterio seguido en esta relación de hechos. Hubiera sido preciso dejar de lado, el punto de vista de la divulgación de conceptos y conocimientos, tan conveniente y hasta necesario en nuestros días por motivos de diversa índole.

Ahora bien, si se tratase de realizar aquella loable y esencial tarea, que—en un cierto sentido,—tanto punto de relación mantiene con un estudio de Geopolítica asturiana, necesariamente se impone con exclusividad de todo otro, el método de un rajante criterio científico naturalista.

Es la única forma de llegar a conocer todo detalle entre lo que es la geofísica del país en su expresión cartográfica, con cuanto el

solar encierra de constitución y producción naturales. Al efecto, sería preciso obtener, verdaderas series de índices, de detallada expresión de coordinación de lugar o lugares con las nativas producciones, a la par que aquellas otras alienígenas arraigadas con franco rendimiento en el país.

Es este el único medio viable para llegar a conocer el solar como quien dice, palmo a palmo; y por tanto, poderlo someter con precisión a exámen y consideración de propios y extraños.

Pero esta ingente labor no es obra exclusiva de un hombre por animoso que se sienta y valía que ofrezca, así como por perfectamente deslindado que, para el caso, aparezca el solar astur. Es en cambio incesante y fecunda tarea de tiempo, y de elementos capacitados y dedicados de lleno a ella.

Pero el trabajo de tales elementos no debe, ni puede en realidad llevarse a feliz término, desperdigándose unos de otros en sus exploraciones, investigaciones, registros y requisas; que éstas y otras atenciones de actividad son requeridas, en interés de conocer término a término—y cuanto cada uno encierra,—del recinto asturiano.

Es por tanto labor de orientación única, aunque diversificada hacia muy variados órdenes y conceptos mutuamente complementarios; y dentro de tal criterio, de manifiesta coordinación de actividades entre los miembros que tuviesen intervención en la diversidad de trabajos encomendados.

Y claro es, que ante la amplitud de semejante empresa, compete ser patrocinada por entidades de carácter técnico por un lado, y económico de otro. A este respecto, habría de parecer un acertado consorcio el establecido entre la considerada como madre de Provincia, la Diputación Provincial, como factor inicial y contribuyente, por ser el más interesado en conocer la propia posesión; y otro técnico, en el que al lado de la Universidad de Oviedo, figurasen aquellas entidades cuya significación en determinadas especialidades de estudio y trabajo, implica su obligada cooperación.

Teniendo en cuenta la notable envergadura de la propuesta, bien se comprende que cuanto aquí se reseña, no supone más que un esbozo de inicial preocupación, respecto a cuanto debería llevarse a cabo en ideas de prospección, investigación y acotamiento.

## ALGUNAS CONSIDERACIONES DE ORDEN SOCIAL

Pero si de cuanto precede, se obtiene en consecuencia, un nada más que somero concepto de lo que es y encierra Asturias, como don privilegio de la Creación; como armoniosa y cautivadora proyección, resultante de una envidiable conjunción de elementos concurrentes; es lógico admitir, que para que tal caudal de elementos de vida sea propiamente fecundo, se necesita que el impulso emprendedor y sobre todo el trabajo constante e intensivo del hombre, sea el abono que incremente y encauce la esplendorosa dádiva de la Naturaleza.

No de otro modo puede presumirse, que el hombre ha de obtener el fruto del propio terruño, si no es reconociéndolo, examinándolo y experimentándolo con vista a usos y aplicaciones diversas. Puesto que, absurda pretensión sería, la que considerarse a la vida humana en condiciones de poderse desenvolver a costa de la Naturaleza, como verdadero parásito de la misma; ya que semejante caso impone toda negación del don de raciocinio, a la vez que traslada al género humano a una vida totalmente animal, en la que habría de significarse como primera manifestación, la trágica lucha por la existencia con todo su patético realismo.

No es posible pensar por tanto—ni aún para los que dejan suceder la propia vida más o menos regalada a costa de otros,—en la pasmosa comodidad que supone, que el maduro higo caiga en

la boca de quien plácidamente descansa a la sombra de la anchurosa higuera; pues el citado ejemplo, en más de un caso, señalaría que tan absoluta y ociosa holganza daría lugar a tener que comer el higo revenido y pasado.

Frente a tan incomprensible actitud, que la propia razón rechaza por estúpida, se impone la obligada y diaria contienda por el fruto de la Naturaleza, a fin de lograrlo en las más ventajosas condiciones de aprovechamiento en todo orden de ideas.

Así, es en el campo, en pleno estado natural, donde se muestra a nuestra laboriosidad para su propulsión y empleo, cuanto la Naturaleza produce y expone a disposición del hombre. Es pues, entre el subsuelo, el suelo y sobre el suelo, que se halla tejida la mágica cadena de producción y por ende de vida; de la que, la vida humana significa la más compleja trabazón de aquellos eslabones, que tienden a sostener con el progreso de los días, la colectividad social.

Y si es el suelo quien hace brotar la vida vegetal en provecho de la animal; y de una y otra, el hombre obtiene el inmediato aprovechamiento para su sostén como inicial jalón de existencia; dedúcese, que es ese suelo el agente que, en todo lugar y momento, merece la máxima atención por parte del pueblo que lo habita.

Podría decirse, por tanto, que el agradecimiento del terruño en forma productiva, se halla en íntima congruencia con el afecto y laboreo que le presta todo individuo que, en alguna forma, inicia o mantiene una cierta relación de oficio, profesión o interés con cuanto significa esa tierra, o cualquiera de sus derivados.

Si al efecto, se vuelve a recordar el admirable conjunto que ofrece Asturias en sus recursos naturales, semejante portento permite sugerir, con tanta más razón, ésta al parecer simple pregunta:

¿Qué ha hecho y hace el asturiano, ante este beneficio inmenso que le proporciona el solar nativo?

A su propósito, permitidme —coterráneos que me concedéis el honor de escucharme,—que con la misma buena fé y sinceridad con que hasta ahora he expuesto muy variados puntos de vista,

prosiga enunciando otros cuyo contenido no abarca otra mira, que aquella que sienta la verdad de los hechos. Es cierto que en más de un caso, esa verdad puede ser dura para nuestros oídos, amarga para nuestros sentimientos; pero ese mismo sinsabor por acibarado que sea, ha de ser a su vez, el mejor revulsivo que contribuya a confortar nuestro ánimo y tonificar nuestro espíritu para el futuro, bajo nuevos modismos de vida como iniciadores, por tanto, de proyectos y empresas.

Respecto al pasado, cabe reconocer de primera intención, dos hechos que atañen cuando menos a un par de generaciones precedentes a la actual; y en las que se echa de ver, la errónea—hasta cierto punto,—mira individual con evidente perjuicio colectivo.

Se refiere el primero, a que, más de un asturiano se despegó del campo de su terruño, encaminándose hacia América en busca de nueva tierra de promisión.

Señala el segundo, que también más de un asturiano se desvió del campo, atraído en muchos casos por el efecto deslumbrador del jornal, conseguido en el trabajo propiamente industrial.

## LA EMIGRACION Y EL SUELO ASTURIANO

En cuanto al primer caso planteado, justo es reconocer que la fecundidad del ambiente asturiano se tradujo en copiosa población, la que sin constituir, ni mucho menos, un exceso para el espacio vital, fué reduciéndose bastante merced a una continuada emigración.

Esta constante leva voluntaria de brazos encaminados hacia otras latitudes, dió lugar a la pérdida de numerosos elementos de trabajo para el solar asturiano, con la agravante, que muchos de ellos no consiguieron otra cosa en tierras lejanas sino quedar en condición más modesta, y si se quiere, más deprimente que la poseída en el país natal. Fueron, en efecto, muchos los atraídos, pero pocos los escogidos, como capacitados para iniciar e impulsar el nuevo género de vida, exigido por las imperiosas circunstancias.



Algo muy parecido en fatídico resultado, si no fué más trágico, alcanzó a muchos de aquellos que sin ser siquiera llamados, corrieron el albur de dirigir sus pasos hacia lo desconocido; puesto que en la aventura, es muy corto, el número de individuos que consiguie hallar un definitivo acomodo.

Dejando a un lado semejantes despropósitos, así calificables ante la consideración de que en la tierra nativa, tales entes, hubieran logrado trabajo y sustento, puede deducirse como resultado final del ya establecido curso emigratorio astur, que no han dejado de obtenerse, ciertamente, ventajosos beneficios, respecto al punto de vista propuesto.

En efecto, gracias a los coterráneos que obtuvieron en la emigración una desahogada posición — y mediante su apoyo económico, — se ha conseguido en parte y con frecuencia, la mejora de la familia campesina indígena; u otras ventajas de carácter colectivo con relación al agro asturiano. Pero justo y obligado es reconocer, que estos contados frutos, no han sido suficientes para elevar la condición de la comunidad campesina, salvo muy rara excepción.

Por otro lado, parte de los emigrados que fueron favorecidos por la fortuna durante su estancia en el país de adopción, volvieron al solar nativo en búsqueda de plácida vida; pero amenudo lo hicieron cansados del excesivo trabajo precedente, y muchas veces maltrechos, por malignas influencias diversas.

Y más que el campo — de donde partieron, — fué la ciudad la que atrajo sus gustos e intereses; y de consiguiente, abandonaron la campiña.

Más aún; de aquellos que permanecieron en el campo constituyéndose en familia, no se inició a los hijos para el campo, sino que se dedicó a los herederos a estudiar; y a estudio orientado a algo, que nada tenía que ver con la prodigiosa tierra que los mecía en su niñez.

A la siguiente generación, quedó la casa solana casi abandonada — lo mismo que las solariegas de otros tiempos, — por traslado de

sus moradores a la atrayente ciudad con su vida urbana, muchas veces más ficticia que real.

Por tanto, no puede menos de hacerse constar con toda crudeza por ser absoluta verdad, que—aparte contados casos de excepción, en los que se advierte una marcada y bien orientada disposición individual de tipo intelectual,—resulta lamentable en extremo, lo ocurrido con muchos de esos hijos de americanos, como se les dice. En efecto, cuanto mejor que, con los capitalitos de herencia, en lugar de emprender estudios superiores en los que jamás pudieron ver el concepto de negocio que casi mamaron, hubiesen afincado en el pueblecito de sus mayores, en la renovada casería de los suyos. Es allí, donde después de haber conseguido ciertos conocimientos de técnica agrícola y pecuaria, hubieran logrado provecho para sí, y vida productiva para la región, ambos en proporción insospechada.

Y el ejemplo, permite señalar con oportunidad, que precisamente esos jóvenes,—así como tantos otros,—constituyen el gran número de los que,—si no lo han hecho—pueden ofrecer en el futuro, una marcada y adecuadísima disposición, para adquirir después de una base de cultura general, en un par de años de especialización y aprendizaje, una serie de utilísimos conocimientos agropecuarios.

Y allí, en el campo, es donde con toda seguridad—muy en particular en los días que se avecinan,—podrían lograr un provechoso aval a sus aspiraciones e intereses individuales, con indubitable beneficio colectivo. Y para quien no estimase acertado el consejo, cabe añadir, que aquel que no se dé por convencido, da muestras de no ver mucho más allá del propio apéndice nasal.

## EL OBRERO INDUSTRIAL Y EL CAMPO

Y con oportunidad que trasciende de todos puntos de vista, es momento de dedicar algunas sugerencias, al caso antes señalado en segundo término; relacionado con la desviación que se aprecia

hacia el campo, por parte del obrero que orienta su trabajo en sentido industrial.

Si en más de una ocasión en trabajos precedentes, he rozado esta cuestión, considero que hoy más que nunca merece ser tenida en cuenta, a fin que por todos medios se procure evitar—cuando menos en parte,—el desequilibrio de producción a que ha dado lugar esta emigración rural.

Y nunca mejor, que en las actuales y precarias circunstancias, impuestas por el conflicto mundial que oprime con fatídicas consecuencias a la Humanidad, reduciendo notablemente las disponibilidades de conservación propiamente individual.

En relación con lo expuesto, y en forma incidental conviene no olvidar, que el factor obrero de tipo industrial, merece hoy no solo una atención particular a su desenvolvimiento económico social, sino que un medio capaz de proporcionarle un evidente beneficio, es reintegrarlo, en parte, al cultivo del trozo de tierra inmediato a su vivienda.

Precedentemente, se ha expuesto un hecho marcadamente significativo al punto de vista propuesto. En efecto, se ha recordado la doble condición de trabajo del obrero en sentido agrícola-industrial; o sea, que el labriego del caserío, acude a la fábrica a cumplir la jornada de trabajo, y deseoso de un mayor beneficio, antes y después de rendir su cupo jornalero, dedica sus afanes y atención a cuanto se ofrece en el entretenimiento de la casa rural. En caso tan ejemplar, se hallan uno, dos o más miembros de la familia, según sexo y edad.

Y el ejemplo, no puede ser más hacedero, práctico y beneficioso. No se trata de casos singulares o excepcionales; con frecuencia se advierten en aquellas localidades donde radican pequeñas industrias, o en zonas inmediatas a ellas.

Justo es, pues, terminar haciendo patente que tales modismos de ocupación son no solo envidiables, sino dignos de todo apoyo y loa. Y sin miedo a ser desmentido puede afirmarse, que en los agobiantes días por los que hoy atraviesa la vida individual y fa-

miliar, son tales casos los que ofrecen menores dificultades de sostenimiento y mayores ventajas de producción, intercambio y aún de bienestar económico; sobre todo, si se colocan en parangón con cuantas apremiantes necesidades se advierten en el tan general ambiente de infortunio, y por el que aquéllos se ven rodeados.

Pero, en cambio, otra situación totalmente distinta es la que ofrece el obrero de tipo exclusivamente industrial. Reducido a un determinado género de aptitud, frecuentemente al vulgar peonaje; en otros casos, guiado hacia una especialización productora; cumple en su tajo el primero, rinde su labor el segundo, sin que un destajo propulsor de la propia actividad por natural impulso, premie las iniciativas individuales y ampare con cierto desahogo las necesidades familiares.

Bien es verdad que no faltan ejemplos, mostrando que los jornales de las grandes factorías llenan cumplidamente su cometido para obreros especializados y de categoría; pero en cambio para la inmensa mayoría del personal, no llegan a satisfacer los más elementales requisitos familiares.

Se impone, por tanto, emprender un nuevo rumbo en cuanto significa el haber cotidiano del trabajador, para que a la vez que éste consigue desenvolver con holgura sus elementales fines sociales, halle precisamente en el impulso de producción, la satisfacción del deber cumplido; y como lo requiere tanto el natural interés particular como el rendimiento de empresa y, en definitiva, el beneficio colectivo.

Y son los tiempos actuales, de apuro y estrechez, los que sirven de poderoso incentivo para ensayar con oportunidad la obligada mejora económica del obrero trabajador. Se prestan a ello, de un lado, la circunstancia que obliga a un mayor rendimiento de producción en todo género de variado trabajo; y de otro, la favorable coyuntura de los enormes beneficios alcanzados por la gran mayoría de las grandes empresas fabriles e industriales; las que de ningún modo, conviene que dejen de lado por más tiempo

al factor productor, que es la fecunda cantera a expensas de la que logran sus exorbitantes ganancias.

Pero a tal propósito conviene señalar, que nada de mejoras mediante las que el agente crematístico pueda contribuir al despilfarro o al vicio, sin atender debidamente las necesidades del hogar propio del trabajador. Son estas atenciones urgentes, las que se impone remediar en primer término; y para ello nada más acertado, que las concesiones sean otorgadas en especie.

Es decir, la casita higiénica y el huerto; el hogar por un lado, y junto a él, los medios más elementales de vida puestos a su disposición mediante un saludable entretenimiento; el sencillo esparcimiento de la casa, cuya tierra por natural fecundidad ha de mostrarse generosa con su merecido cuidado.

Semejante propuesta, no constituye ninguna imposición de nuevo trabajo; es simplemente, un medio de contribuir a la educación, distracción, y en parte al sostenimiento de muy numerosos individuos. Es modo de colocar el primer jalón para que la generación hoy en ciernes, aprenda a adquirir ese natural afán—que a la larga es virtud,—de cifrar en el hogar y su recinto los mejores ratos, las más felices ansiedades; pues, bien puede decirse, que todo lo demás, será logrado, por añadidura.

## TODOS HACIA EL CAMPO

Pero no es solo el obrero, quien debe redimirse de la prolongada crisis en prospección, acudiendo al cultivo del terruño. Somos todos, los que debemos acudir al trabajo de ese pedazo de tierra, que nos espera en estado virgen, para rendir con mayor largueza el fruto que brota de su propia entraña.

Hoy como nunca, y en la nueva vida que se impone por obligatoriedad de las circunstancias, no es posible que el campo se mantenga en el incomprensible abandono con que numerosas generaciones lo han sumido, por el prurito de considerar que la vida de ese campo y sus manifestaciones más inmediatas, se rozan con

el zarandeado concepto del salvajismo. Como si el hombre, por muy sabio que fuese, y muy superior que se considerase, podría desentenderse no solo de lo que es la tierra y sus frutos, sino hasta de lo que la enriquece para producirlos.

He ahí por donde, el racional, cuanto más pretende superarse por tal dote, es cuando más fácilmente olvida—a pesar de su razón,—su condición animal, análoga a los irracionales; y en este sentido, aparece como éstos, obligado al polvo del suelo que le dió origen y conserva su vida.

Así pues, desde el más humilde al mayor potentado, del más modesto trabajador manual al más elevado propulsor intelectual, de la mujer de más sencilla condición a la de más empingorotada prosapia, deben todos mirar con fruición al campo y cariño a la tierra, muy lejos de mostrar el despego con que se le ha significado.

Que sean los momentos de escasez—sobre todo, después de haber conocido la abundancia,—los que nos induzcan a estimar y admirar cada día más la obra de la Naturaleza, a la par que su consideración, nos estimula a contribuir a la necesaria producción individual.

A este particular, numerosos son los modelos de tipo personal, que podrían servir de ejemplo exponencial; y ellos, frente al tipo general mediocre representado por aquellas gentes de un cerrado egoísmo, que en norma parasitaria les ciega a vivir con el rendimiento del trabajo del prójimo; pero no es cosa de señalarlos, por ser sobradamente conocidos.

En cambio, es justo recordar los testimonios que se reconocen, precisamente, en aquellos países en los que el propio impulso progresivo los sitúa a la cabeza del bienestar colectivo; y de los que necesariamente se impone, tras del ventajoso ejemplo, el aprendizaje y aplicación de sus métodos.

Y desde el alto al bajo, en aquellas tierras se ofrecen enamorados a sus huertos y jardines, en cuyas atenciones y cuidados dedican su cotidiano laboreo, y en tanto solazándose con la Naturale-

za, proporcionan al espíritu el natural y obligado sosiego, por toda preocupación nacida del diario ajeteo profesional.

Esta complementaria sucesión de actividades, es la que imprescindiblemente hay que inculcar en la masa del pueblo, para que no se desvíen sus componentes hacia otras distracciones de tipo más individual y perjudicial, a la vez que más improductivo y de muy lamentables consecuencias. Al verdadero pueblo, por tanto, al que trabaja, negocia, estudia, o atiende más o menos complejos menesteres, es al que interesa necesariamente el ritmo campestre señalado.

Recobrando el campo el afecto perdido; volviendo hacia él la vista como interesada en su producción; es como se han de reintegrar al mismo, por natural convencimiento, muchos de los que reconociendo su error,—al creer atisbar en la vida urbana una mejora de clase y hasta de intereses,—se alejaron de su cuna rural y consiguientes factores de producción y beneficio. Y hoy, ante la situación creada, confiesan a todos vientos su lamentable equivocación.

Entre ellos, debe comprender la inmigración, a muchos jóvenes para quienes su porvenir radica en el campo, y no—por mal orientados y peor aconsejados,—en una carrera de tipo profesional.

Podría, pues, resumirse cuanto antecede, en un genérico mandato, que el futuro tiende a establecer como obligatoria norma: Todos, en más o en menos, a producir en la tierra que nos da vida y sustento.



Pero justo es reconocer, que dada la constitución económico-social que impera en la actualidad, parece difícil aceptar semejante ejecutoria, y muy en particular, llevarla a la práctica.

Si a primera vista el hecho parece reflejarse así, es ello debido a que en esa inicial impresión, no se tiene en cuenta el momento

por que discurre hoy el cauce social, ligado íntimamente a la conmoción general en que puede decirse se debate el género humano, cuya causa prima—en toda su crudeza, pero también con toda verdad,—no es otra, que una esencial circunstancia de existencia y conservación.

Y así, ante la realidad manifiesta y la triste situación creada; frente a la sangría abierta en la propia carne humana; tras la inmediata consecuencia que impone la razón a los hechos consumados; cabe preguntarse:

¿Es posible que cuanto ofrece de macabro y monstruoso, el espectáculo a que se presta hoy la Humanidad, no va a servir en el futuro social que se avecina, para otra causa sino que para que los casos y las cosas de todo género que atañen al contenido social, continúen en la misma forma que se han mantenido hasta el intenso y prolongado colapso actual?

Parece ser, que en contra de lo supuesto, nos hallamos entre los linderos de un pasado censurado por sus métodos, y de un futuro para el que se prometen los mejores auspicios, por obligado cambio radical de sistemas y procedimientos.

De un cambio impuesto por las necesidades sociales, a falta de suficiente organización para satisfacerlas cumplidamente; y en interés, de sentar los nuevos jalones sobre los que cimentar la expresión fundamental de todo lo que se había echado de menos, en ese pasado.

Nadie puede negar—o quien lo haga, cubre sus ojos con tupida venda,—que nos encontramos en el momento previo, pero decisivo, hacia el imprescindible reajuste entre producción y consumo. Y mirando el caso desde otro punto de vista, podría decirse, que entre el que trabaja y el que no hace nada—o más bien,—vive a costa del trabajo de los demás.

Frente a semejante situación que se avecina—a la que por razón natural no hay más remedio que adaptarse por imposición del ambiente,—no hay abstención posible. Es tal, que por todos motivos, y por todas partes, se acusan los síntomas de variación.



Tan es así, su influjo, que aunque mantenido siempre dentro de su prodigiosa cautela, no deja de apreciarse tal estado de acecho—más que de alarma,—incluso en esa institución que a modo de hidra invisible, hace que sus numerosas cabezas asomen en otras tantas ramificaciones. Y aunque la precedente comparación establece una cierta semejanza, conviene aclarar, que no se refiere el hecho a ningún monstruo mitológico. Se trata, sencillamente, de una habilidosa y corrompida articulación social de marcado rango; lo que podría expresarse, como un conservadurismo de caucho, en virtud de su ágil facultad acomodaticia para permanecer—tanto sobre las límpidas aguas, lo mismo que cuando aparecen cenagosas y corruptas,—manteniéndose a flote entre los amplios embates y profundos vaivenes en los que discurre la colectividad humana, tanto en sentido social, como político, y sobre todo crematístico.

Y si el cambio se masca en el ambiente ¿no es el momento actual el más oportuno, para que se propugne por ese régimen general de individual producción en la tierra del propio espacio vital?

A este respecto ¿será posible que asusten por demasiado materiales, tanto el concepto apuntado como la consiguiente derivación? Pero ¿es qué no se barajan, a troche y moche en nuestros días, las expresiones de las más destacadas esencias materialistas, sin que nadie estime prudente y conveniente poner el dedo en las llagas de sus fatales resultados?

Así las cosas, déjense a un lado los lamentos plañideros que brotan de aquí y allá; y acúdase con presteza a remediar el mal, en donde acucia con mayor influencia.

## CASITA Y HUERTO PARA FUNCIONARIOS Y OBREROS

Difícil parece ser en efecto, que individualmente pueda ser resuelta por muchos, esa facultad de trabajar la tierra. Se muestra con síntomas más negativos en todo género de organizaciones cu-

yos funcionarios se hallan sometidos a un régimen burócrata más o menos acentuado; y mediante cuya imposición, se hallan obligados a desempeñar sus cargos o destinos en los núcleos urbanos, lugares en los que la propuesta del cultivo de la tierra no admite posibilidad de ejecución.

Sin embargo, para todos los casos en que el individuo no pueda resolver por sí mismo la situación que crea la propuesta, hay solución. Esta ha de ser proporcionada por las Corporaciones, entidades u organizaciones—de la clase que sean,—a las que el funcionario pertenece; siendo aquéllas, las obligadas a suministrar los medios necesarios para desenvolver esta contribución de marcado tono social.

Y es precisamente fuera de la ciudad, más allá de sus alrededores, donde se ofrece terreno apropiado para ser acotado y clasificado, acoplando sus parcelas a la división del módulo individual cultivable; que a su vez podría ser ampliado, según las necesidades, las aficiones, y los estímulos de carácter personal o de índole familiar. Casitas y huertos, cabe expresar una vez más, fuera de las poblaciones, o cuando menos terrenos destinados al cultivo personal y familiar.

Expansión hasta cierto punto urbanística, que no aparece hallarse muy de acuerdo con los modernos rascacielos o sus imitaciones; y naturalmente que no debe ni puede estarlo, desde el momento que con el aire y el sol de que gozan dichas edificaciones—elementos más o menos robados unas por otras,—no pueden ser disfrutadas nada más que por los potentados, o por los estraperlistas de unos y otros tiempos, ya que «aprovechados», siempre los hubo.

Y aún, con todo el confortable acomodo de tales moradas, les faltará la tranquilidad y reposo; así como el verdadero aire, y la luz del campo.

## LA POBREZA REDIMIDA MEDIANTE LA TIERRA

Pero párrafo aparte—en relación con el mismo destino señalado para los componentes de la titulada clase media, y de la obrera de carácter técnico,—merecen las atenciones de las familias de condición más modesta hasta la más extremada pobreza; que, inexcusablemente, deben ser reconocidas y favorablemente resueltas con toda urgencia.

Ante semejante situación—que denuncia un deplorable estado de cosas,—sí que hay casi que reconocer la inoportunidad del fastuoso rascacielo, frente a la miseria propia del vergonzoso tugurio que acoge a muchos desheredados de la fortuna; y que más exacto sería expresar, que sirve de aposento a muchísimos pobres de solemnidad.

Podrá tal vez producir cierta extrañeza, que tema de tal índole sea traído a colación; pero si se le dá cabida, es sencillamente, porque se propugna una solución para el mismo, a base de la tierra que no rinde lo debido. Además el hecho de no haber sido debidamente sometido el problema a consideración en tiempos pasados, obliga a ser muy tenido en cuenta para cuanto, necesariamente, ha de implicar el futuro que se cierne como inmediato.

A este particular, también Pío XII ha hablado recientemente de un necesario reparto equitativo de bienes, como solución de patentes desigualdades; que de subsistir éstas, irremisiblemente conducen a determinados espasmos sociales siempre peligrosos, pero tanto más cuanto más se alejan entre sí los términos extremos.

Y cuanto más distanciados se ofrecen unos de otros, así también más fácilmente se olvidan los privilegiados por la fortuna, de la miseria que embarga a los desgraciados. Por tanto—salvo muy honrosas excepciones, que conocen y atienden al necesitado,—quienes más deberían saber lo que es la adversidad del hambre, de la enfermedad, y hasta del abandono social, son los que más desconocen la vida de los semejantes más desvalidos. Es más, se des-

entienden en absoluto de tales asuntos, sin ocuparse de ver, oír, y menos atender la triste realidad de los hechos.

No es pues de extrañar, que ante las faltas advertidas en el régimen constitutivo de la actual sociedad, se imponga una nueva organización colectiva, que viene dispuesta a subsanar muy lamentables errores.

Y entre lo que necesariamente tiene que desaparecer por inhumano y malsano, son esos cobijos de familias numerosas—a veces aumentado su número con miembros de otra,—instalados en habitaciones materialmente desvencijadas, de menos protección y defensa que las que puede ofrecer un covacho natural. Establecidos otros, en rincones de muros semiderruidos y mal cubiertos para el agua y el viento. Lugares unos y otros en los que conviven en absoluto confinamiento doméstico, cónyuges e hijos adolescentes, sin la menor sombra de respeto a la moral natural.

Allí todo es confusión y miseria física y hasta moral; ambiente de infección, y campo abonado para todo género de enfermedades por falta de nutrición, de aire y de sol. Y en tal cuadro, los adultos se defienden como pueden; quienes no tienen defensa alguna, son las pobres criaturitas y los pequeñuelos.

Semejante caso no se repite una sólo vez, ni una docena de veces; es tan frecuente como lo testimonian cuantos viejos caserones o más modernos edificios derruidos, se prestan a la observación de quien tenga un poco de interés y un asomo de caridad, para con el prójimo.

Ese es el triste cuadro que no es exclusivo de aquí, y que no solo aquí tiene bochornosa existencia. En efecto, basta detenerse a pensar un momento en las devastaciones que ocurren en suelo europeo y partes de otros continentes, para deducir a qué extremo de ruina se halla abocada una enorme proporción de seres humanos.

Pues bien, el remedio que se impone para lo que, más de cerca nos toca, es bien claro y terminante. Que la demoledora piqueta de la higiene, se encargue de la destrucción de lo que más que

otra cosa son verdaderos focos de infección; y a su vez, en defensa de la moral natural maltrecha en su propio cimiento, sea la tea incendiaria la que arrase cuanto la denigra y desdora, puesto que en algo, el hombre se diferencia de la bestia.

Pero cuanto antes, con esas familias dignas de la mayor compasión y auxilio, tómesese la terminante resolución de conducir las al campo; a ocupar allí una edificación lo más modesta que sea, pero casa al fin y al cabo, bien ventilada y con sol abundante, que mucho y bien ha de influir en la infancia, notablemente depauperada.

Ayudadas dichas familias en sus jornales con el cultivo de la tierra, es ésta, medio en el que la juventud venidera puede redimirse de su primera condición menesterosa; en la que llegó a la tierra en uno de sus pedazos míseros, y en el que no encontró otra cosa, que el cariño de los suyos.

Por tanto, si las entidades de todo género, en particular las de carácter benéfico que cuenten con medios, tienen un fin que cumplir en esta ayuda para el necesitado; son muy especialmente los potentados, y aún aquellos que sin merecer este título lo permiten sus medios económicos, quienes tienen ocasión—y obligación,—de acudir presurosos a proporcionar los más elementales medios de vida al semejante en desgracia.

En consecuencia, vean que en los días venideros, nadie podrá encogerse de hombros frente a injusticias sociales como las señaladas. Y todo hace presumir, que si un ciego y antinatural egoísmo no permite obrar de motu propio para atender como es debido estas lacras que la sociedad impone; será la colectividad quien para curar su propia corrupción y amainar un inquietante desasosiego, se hallará en trance de obtener mediante fiscalizadora actuación y poder coercitivos, la requisita obligatoria, que no se supondrá a tiempo en óbolo para con el semejante.

## SUGERENCIAS Y PROYECTOS

Al exponer las precedentes consideraciones ¿ha sido relegado al olvido el ambiente asturiano?

Punto de vista fundamental el de la vitalidad asturiana—como esencia que emana de la titular que encabeza este trabajo,—no podía quedar independizado de cuantas sugerencias de cierto matiz social acaban de ser enunciadas.

Todas ellas, tienen su origen en situaciones de existencia real; son simplemente eco de las imperiosas necesidades en que se ven comprometidas numerosas familias de condición media; y sobre todo, alcanzan a una alarmante proporción de jornaleros, dedicados a diversos y no muy definidos oficios, pero cuya situación económica los atenaza y sacrifica al máximo extremo, en las fatales circunstancias de paro obligado, según que llueva o luzca el sol. A la mayor parte de estos últimos obreros, sus obligaciones los condicionan dentro de un manifiesto ambiente de pobreza.

Pero se da el caso, que esta manifestación de dificultades económicas adquiere menos intensidad, en aquellas localidades donde los núcleos de población son hasta cierto punto reducidos; y fijando la observación, se llega a reconocer, que casi puede decirse no existe el menesteroso en pueblos pequeños, donde todos, absolutamente todos viven de su trabajo, y muy particularmente, a expensas del cultivo de la tierra.

Es así, como se ofrece el hecho de que en tales poblados, la mendicidad quede exclusivamente representada por corto número de pobres caminantes; como individuos adaptados a este particular género de vida, y que son bien conocidos de todos los vecindarios en varias leguas a la redonda.

Luego ahondando en el problema que los mismos hechos plantean, apréciase con toda claridad, el dato por ellos proporcionado; que no es otro, que esta conclusión: Es en los núcleos de mayor población, donde se manifiesta—con las características antes apuntadas,—la miseria de tipo urbano y las mayores dificul-

tades de vida, coincidiendo con la creación y sostenimiento de las máximas necesidades.

He ahí por tanto, que Oviedo y Gijón con sus nutridos barrios más inmediatos al centro urbano, son los dos núcleos de población en los que se muestra agravado el problema, muy en particular, en relación con numerosos funcionarios pertenecientes a la llamada clase media, y a los obreros en general.

Pues bien, ante el acertado proyecto—y cada día más sentida la necesidad de su realización,—hacia una más fácil y frecuente comunicación entre ambas poblaciones hermanas, se ofrece a nuestra consideración, no ya la posibilidad de aproximación de las mismas, sino la posible unión de ambas. Podría ser una realidad mediante el aprovechamiento de ese amplio kilometraje que hoy separa ambos núcleos; destinándolo a dar cabida en los bordes de su carretera y caminos de ella derivados, en las orillas de los ríos y cauces aprovechables para sistemas de saneamiento, a toda una población que puede disfrutar de las ventajas urbanas y campesinas, o recíprocamente, según el interés y gusto de cada interesado.

¿Podrá parecer descabellada la idea? Frente a tal supuesto baste pensar, que en la vertiginosa carrera con que discurren los días de nuestra vida, bien puede decirse, que los proyectos de hoy son realidades al mañana. Y al caso propuesto, tanto la potencialidad industrial como la pujanza comercial y el consiguiente desenvolvimiento económico tanto individual como colectivo, son factores que necesariamente han de contribuir al nexo de unión.

No se olvide, que Gijón, mirando hacia el mundo y comunicando con él; y Oviedo, como impulsor centro regional; permiten ofrecer un ejemplo más, a los muchos análogos que en otros países se han dado. Todo ello, como consecuencia del eficaz esfuerzo del espíritu emprendedor, puesto a prueba por la pericia de cuantos elementos entusiastas se sirvieron—y se sirven,—de la potencia creadora de los centros urbanos, mantenida por la vitalidad procedente del suelo—y tratándose de Asturias, debe añadirse,—notablemente incrementada por la riqueza del subsuelo.

En resumen, la propuesta contribuye a «matar varios pájaros de un tiro», como expresa el proverbio castellano. Así, de una parte: tierra rica que ofrece su valía con generoso desprendimiento, complementada con adecuado clima; campo y huerto, como registro más fecundo que provee la naturaleza virgen; cultivo y producción individual como base de sostén familiar, en inmediato provecho al bienestar colectivo; morada higiénica, modesta pero acogedora y atrayente para cuanto significa constitución y disfrute del hogar; vida campestre como muy adecuado medio de tranquilidad y reposo, en la alentadora—y muchas veces redentora,—paz del campo; en suma, ambiente salutífero de cuerpo y espíritu.

De otro lado, obtiéndose el imprescindible saneamiento de los núcleos urbanos; la expansión de las edificaciones dedicadas a talleres, oficinas, estudios, negocios, culto, arte, distracciones, deportes, comunicaciones, etc., con posible habilitación de jardines o parques intermedios, dispuestos para nutrir de aire y sol, a los recintos de cuantas actividades reclaman o exigen obligados núcleos de personas.

A qué seguir, si el propio sentido común, está señalando la evidencia de cuantas mejoras y ventajas se suceden del interurbanismo astur; no sólo para alcanzar su más amplia capitalidad como orientadora fecunda de toda la región, sino a su vez, para denotar patentemente aquel módulo de la vida nacional, que se halla vinculado por la obtención de materias primas al solar asturiano.

## OBLIGADA CONVERGENCIA ESPIRITUAL Y MATERIAL EN EL FUTURO ASTURIANO

Y como final, en pocas palabras y por todos conceptos, no puede menos de reconocerse el asombroso margen de producción que en todos órdenes mantiene Asturias. Esta excepcional condición, la sitúa hoy a la cabeza—entre otras regiones,—de la más fácil solución de vida, como un motivo más de admiración a que se presta, y por ende merece, la ratificación de tierra privilegiada.



Procuremos sin desmayo en el futuro, y mediante el singular auxilio que la Naturaleza brinda a Asturias, que su producción colme las atenciones de su pueblo, y en forma que sin embarazo alguno, traduzca su exceso en acertado intercambio de aquellos necesarios productos de desenvolvimiento.

Para conseguir ese ansiado bienestar colectivo—como fiel reflejo de un satisfactorio beneficio individual,—obligado es educar por atracción y convencimiento a todo el pueblo asturiano, mediante un mínimo de normas fijas, y exigibles tanto al individuo como a todo género de entidades o empresas.

Conciernen más bien al primero, las fundamentadas en: la fé en Dios, confianza en el propio destino, interés en y para el trabajo, satisfacción en el cumplimiento del deber, producción abundante, etc.

Afectan a las organizaciones, por razón natural de sociabilidad humana: la ayuda material y moral al prójimo; la reintegración del espíritu al credo moral, único preestablecido por igual para todos, de acuerdo con el principio cristiano; la educación obligatoria del niño en dicho credo; el mantenimiento de los valores espirituales por encima de toda antitética influencia; el imperio de los conciertos sociales sobre bases establecidas en las sabias disposiciones pontificias—más olvidadas por los poderosos, que conocidas por el humilde trabajador—.

Mediante el imprescindible uso de este bagaje espiritual, el complemento obligado de vida material es la propia «tierrina», que de su seno, de su suelo, y de cuanto vive en él, rendirá a la raza e dinamismo físico en relación con los necesarios medios corporales.

De la convergencia y mútua relación de ambos valores espirituales y materiales—hoy en el mundo, por maltrechos y envilecidos los primeros, en azarosa y deprimente bancarrota los últimos,—se constituirá por inalterable, la única norma capaz de mantener al asturiano y su pueblo, como creyente y noble, acogedor y confiado, alegre y trabajador, rico y vigoroso, emprendedor y progresivo.